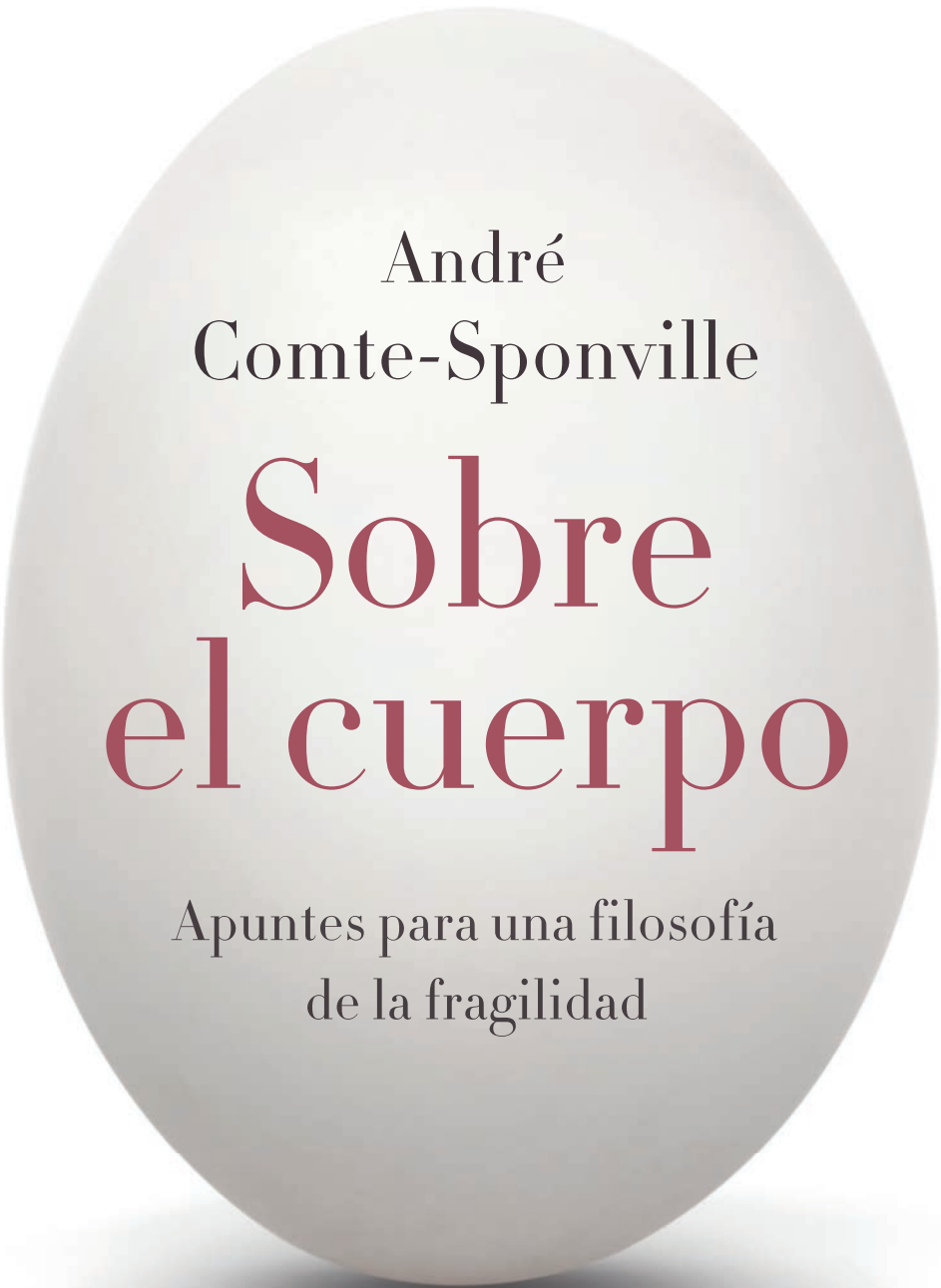




André
Comte-Sponville

Sobre el cuerpo

Apuntes para una filosofía
de la fragilidad

PAIDÓS

ANDRÉ COMTE-SPONVILLE

SOBRE EL CUERPO

Apuntes para una filosofía
de la fragilidad

PAIDÓS Contextos

Título original: *Du corps, de André Comte-Sponville*

1.^a edición, febrero de 2010

1.^a edición en esta presentación, noviembre de 2024

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conflicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Presses Universitaires de France/Humensis, 2009

© de la traducción, Jordi Terré, 2010

© de todas las ediciones en castellano,

Editorial Planeta, S. A., 2024

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-4309-4

Fotocomposición: Realización Planeta

Depósito legal: B. 17.545-2024

Impresión y encuadernación en Arteos Digital

Impreso en España – *Printed in Spain*



Sumario

Prefacio	11
Prólogo	55
I	57
La filosofía, la ética y la moral; ni esperanza ni desesperación; proporcionar un alma a mi cuerpo; materialismo y sublimación.	
II	69
El amor, la poesía.	
III	79
La admiración; las ciencias, las artes, la filo- sofía; felicidad y desdicha.	

IV		95
	El arte y lo bello; la crisis del arte contemporáneo; Magritte y Chardin; clasicismo y modernidad: salir del siglo XIX; Mozart; ética y estética.	
V		125
	Dios, la religión, el ateísmo; racionalismo y supersticiones; el espíritu descendente en Simone Weil; lo alto y lo bajo; ni pesimismo ni optimismo; el egoísmo y la muerte.	
VI		147
	Vida social y política; ridículo y tiranía; la democracia; el progreso; el individuo y el grupo.	
VII		161
	¿Qué es el yo?; ¿ <i>taceo</i> o <i>cogito</i> ?; el alma; amor por uno mismo y amistad; Spinoza contra Pascal; el egotismo; amor por uno mismo y sabiduría; el paradójico dualismo de Paul Valéry; el sabio es el anti-Narciso; no mentir.	
VIII		183
	Querer filosofar; que la crítica del libre albedrío no revoca la existencia de una jerarquía ética; determinismo y liberación en las ciencias humanas; razón y voluntad.	

IX		207
	Materialismo y ascensión; la dificultad de ser; el naturalismo de Spinoza; el punto de vista de Dios o de la totalidad; el silencio; valor y verdad.	
X		231
	La muerte en Platón y en Epicuro: tanatofilia o hedonismo; vivir en el presente: <i>carpe aeternitatem</i> ; muerte y finitud; la eternidad y el tiempo; la historia y la verdad; la sabiduría.	
XI		249
	El materialismo: que explica lo superior por lo inferior, pero sin negar su superioridad; una verticalidad sin trascendencia; el absoluto práctico; ¿Nietzsche, Hegel o Spinoza?; lo primero que existe no es lo alto, sino lo bajo; la risa de Epicuro; la moral y la historia; heteronomía del sentido, autonomía de la verdad; lo que se deriva: que la verdad carece de sentido, y el sentido, de verdad; la beatitud: el amor verdadero por la verdad.	
XII		283
	La paradoja de esta colección; filosofía y literatura; ¿eclecticismo?; ridículo, verdad, clasicismo; cómo he escrito este libro; Ícaro feliz.	

I

Decir que todavía no ha llegado la hora de entregarse a la filosofía, o que ya ha pasado, es lo mismo que decir que la hora de ser felices todavía no ha llegado, o que ya se ha ido.

EPICURO

La experiencia me había enseñado que las circunstancias más frecuentes de la vida cotidiana son fútiles y vanas.

SPINOZA

Si existiera Dios, todo estaría permitido, ya que todo tendría su recompensa o su castigo, y le correspondería a cada cual asumir sus riesgos. Al contrario, puesto que Dios no existe, puesto que no hay riesgo alguno (o hay exactamente el mismo en todas las hipótesis: lo que ya no es un riesgo, sino una certeza), yo no puedo permitirme hacer cualquier cosa. Uno tiene su orgullo.

En suma: puesto que ya no tenemos religión, nuestra necesidad de moral es absoluta. ¿Acaso les disgusta la palabra? Digamos entonces: una *Ética*. Y lo habremos dicho todo.



¿Qué es la ética? La teoría del bien y del mal. Aunque, como dice Spinoza, «el conocimiento de lo bue-

no y lo malo no es otra cosa que el afecto de la alegría o el de la tristeza, en cuanto que somos conscientes de él». Eso es la ética: la teoría de nuestra alegría.

Para que mi alegría perdure.



Boris Vian: «El humor es la cortesía de la desesperación». Bueno. ¿Y qué? No tenemos nada que ver con los desesperados.

Y apenas más con la cortesía.



Desesperación: «Pérdida de una esperanza o de toda esperanza», dice el diccionario; «estado de quien ya no tiene esperanza». Quien nunca la haya tenido, no estará pues desesperado. ¿Será entonces feliz?



Spinoza: «No hay esperanza sin miedo, ni miedo sin esperanza». La esperanza es, por tanto, una alegría necesariamente impregnada de tristeza. Por eso es una alegría inconstante.

El sabio, pues, no espera. ¿Qué tendría que temer?

¿Quiere eso decir que está *desesperado*? En absoluto, ya que «la desesperación es una tristeza». Ahora bien, el sabio, «considerado bajo esta cualidad, apenas experimenta esta turbación interior, sino que, al

tener, por una determinada necesidad eterna, conciencia de sí mismo, de Dios y de las cosas, nunca deja de ser y posee el verdadero contento». La sabiduría es una alegría sin esperanza ni temor. Sin esperanza ni desesperación: una alegría sin tristeza, ¡una alegría sin mezcla! Spinoza escribe: beatitud.



Spinoza: «No sabemos lo que puede un cuerpo». Sin embargo, ahora ya lo sabemos (y los griegos antes): el cuerpo puede resistir a la tortura. El cuerpo puede callarse. ¿Qué puede un cuerpo? El silencio. Y el vacío de su muerte. Su propia negación, por tanto. Dicho de otro modo: su alma.

El cuerpo *puede* su alma.

El problema, entonces: descubrir valores tales que, al menos, yo pueda plantearme, por ellos, morir o no hablar bajo tortura. O si se prefiere: proporcionar un alma a mi cuerpo.



Todo lo que es alegre es bueno; todo lo que es bueno es alegre. La idea de una buena tristeza es contradictoria en sí.

Por eso, dice Spinoza, «el amor es una alegría acompañada por la idea de una causa exterior»; por tanto, el amor es bueno.

Se comprende entonces que un amor triste es contrario a su propia naturaleza, es decir, no es ya en ab-

soluto amor, o bien está entreverado de odio (por ejemplo, en los celos). No hay amor desdichado.



Lo que, a pesar de todo, me incomoda en Spinoza: que cualquier odio sea necesariamente una tristeza. ¡Conozco algunos tan alegres! ¡Odios color de sangre y de luz, salubres como un fuerte viento, inmensos como el mar!

E igualmente: que la muerte no sea nada, que incluso no haya que pensar en ella, es algo que no me conviene. Que sea vano temerla, desde luego. Pero ¡hasta qué punto odiar la muerte nos hace amar todavía más la vida!

¿Y acaso no comprendes, preguntaba Gide, «que cada instante no adquiriría este admirable resplandor, si no se recortara, por decirlo así, sobre el fondo oscuro de la muerte?».

Porque hay un fondo. Oscuro, infinitamente.



Quien pretende que se necesita un Dios para fundar una moral, tiene una idea muy baja de sí mismo. La religión implica aquí el desprecio de quien la recomienda. Por eso es despreciable, y una creencia de hombres de rodillas. Al contrario, como escribía Alain, «la moral consiste en saberse espíritu y, bajo este concepto, absolutamente obligado; porque nobleza obli-

ga. No hay otra cosa en la moral que el sentimiento de la dignidad».

Es lo contrario del rebajamiento, de la indolencia e, incluso, de la humildad (Spinoza). La moral dice siempre: mantente en pie.

Dicho esto, es preferible tener una religión que una absoluta falta de espiritualidad. Es preferible vivir de rodillas que acostado.



Que la vida sea absurda, es posible. Pero no sólo a causa de la muerte. Una vida eterna también lo sería, e incluso más: eternamente absurda. Y el propio Dios, si no fuera necesario.

¿Por qué existe algo y no más bien nada? Pregunta sin respuesta, y sin embargo legítima. Ser es haber podido no ser. Incluso la necesidad, tomada en bloque, es contingente: ser es ser absurdo. Dios: tan absurdo como yo. Y menos real (menos absurdo también por esto).

Además, esta absurdidad sólo existe en la medida en que nos imaginamos una nada, que no es. Por lo cual incluso la contingencia es necesaria. Todo absurdo es imaginario.



Simone Weil: «Dos fuerzas reinan en el universo: luz y gravedad».

No. Una única fuerza, aunque contradictoria. La

luz también es gravedad. Por eso la gravedad puede convertirse en luz. Por eso *yo* soy luz. Y soledad. En la noche que pesa, nada frente a mí me ilumina salvo la luz de las miradas: la tuya, la suya, la mía... Nada enfrente: todo está detrás. Yo soy (pero también: tú eres) la punta extrema de la ascensión luminosa. *Nec plus ultra*: nada más allá, ni Dios ni Espíritu. Tenso, pues, ascensionalmente, como un sexo erecto: que sólo parece «escapar a la gravedad», como decía Freud, por la presión en su interior, material, de la sangre en el deseo del otro.

Y no me ruborizo de que, en esta oposición (¿metáfora?, ¿tópico?) arquitectónica de lo alto y lo bajo, en este uso ético de la verticalidad, cualquiera pueda reconocer el doble sublimado de la erección. Si hay sublimación, yo (mi cuerpo) puedo, por tanto, ser sublime. A eso se le llama alma: un cuerpo *sublimado*.

Mi alma, como un sexo erecto: deseo y voluntad.

Podrá decirse: falocentrismo, visión masculina... ¿Y cómo, si no? Pero visión para la cual la mujer es lo sublime mismo realizado, o puede serlo.

El amor, cuando es compartido: dos almas luminosamente tendidas una hacia la otra. Dos cuerpos, dos miradas, dos soledades. Te amo: tú eres el *nec plus ultra* de mi cuerpo.



En definitiva, ¿qué es un artista, según Freud? Un profesional de la sublimación. No me disgusta: ni que exista lo sublime, ni que proceda del cuerpo. Materia-

lismo: lo alto viene de lo bajo, lo superior de lo inferior. Esto implica que haya un arriba.

Aunque no hay que *reducir* lo superior a lo inferior, rebajarlo, negarlo. Contrasentido vulgar; contrasentido de la vulgaridad.

Por lo demás sin importancia: Mozart, muy por encima de todo esto.



Nuestro materialismo nos hace humildes: sabemos que nuestro ideal no procede de nosotros.

Pero nos vuelve igualmente orgullosos: nuestro ideal tampoco viene de Dios.

La historia es el lugar de nuestra humildad, y el horizonte de nuestro orgullo.



Cualquier estudio científico sobre el hombre es necesariamente antihumanista. Véase Althusser o Lévi-Strauss. «La meta última de las ciencias humanas —escribe este último— no consiste en constituir al hombre, sino en disolverlo... Esta primera empresa esboza otras, que incumben a las ciencias exactas y naturales: reintegrar la cultura en la naturaleza, y finalmente la vida en el conjunto de sus condiciones físico-químicas.» Ésta era ya la idea de Spinoza: el hombre no es «un imperio dentro de otro imperio». Hablar de *humanismo* no es, por tanto, renegar de la científicidad. Es, simplemente, salirse de ella.

No puede ser de otro modo. Las ciencias no nos dicen cómo ser felices, cómo vivir, ni siquiera si hay que cultivar las ciencias... No por ello son menos verdaderas; pero la filosofía nos es más indispensable.

Antihumanismo teórico, pues, y humanismo práctico: descender, y luego volver a ascender.



Para quienes juegan con las palabras: es menos difícil que jugar con los pensamientos. Los juegos de palabras son la retórica del espíritu. Cuando está vacía, empalaga.

En cambio, dice Epicuro, «hay que reír sin dejar de filosofar». No se trata, en realidad, de humor (la felicidad no es un juego), sino del placer mismo de pensar, que, «en filosofía, es simultáneo al conocimiento; no es tras la investigación cuando sentimos alegría, en efecto, sino durante la investigación misma».

Reír sin dejar de filosofar... Esta risa del sabio es el orgasmo del alma, y su libertad. Lucrecio: *voluptas*, *voluntas*.



¿*Nec plus ultra*? Mozart, sin embargo. Y Miguel Ángel. Sin duda, sí, más allá del yo, infinitamente. Pero están muertos. Están, se dice, en «el más allá», es decir, en la nada. *Nec plus ultra*, pues: nada más allá, salvo esta misma *nada* de la nada.

Su recuerdo, sus obras: punta extrema, pero en mí, de la luz. Como una estrella hace siglos muerta, apagada, pero que sigue brillando.



Quienes no admiran nada, ¿cómo podrían evitar el nihilismo?

Si todo vale, nada tiene valor. Pero es lo que la admiración basta para recusar. Por eso no es únicamente «el fundamento de toda filosofía» (Montaigne), sino de toda ética.

